



## CRÓNICA LITERARIA

No la escasez, sino el exceso de asuntos es lo que me hace difícil emborronar esta crónica, destinada á un número del *TEATRO CRÍTICO* donde se han aglomerado los originales y ha entrado más lectura que otras veces, con la extensa biografía de Campoamor. Me falta sitio para hablar de muchos libros interesantes, y los reservo para el número próximo; me falta espacio donde pelearme con Alejandro Pidal, cuya palabra fascinadora vistió, como manto de tisú bordado de perlas, la armazón de palitroques apolillados de la estética más vieja que conozco; pero todo se andará; concretémonos ahora á lo muy saliente.

\* \* \*

Lo es sin duda el premio Cortina: unos padres cariñosos, que pierden en la flor de

la edad y de las esperanzas á un adorado hijo, convierten el llanto en rocío benéfico, é instituyen, en memoria del muerto, un premio oportuno, útil, hasta patriótico, como todo lo que puede redundar en beneficio de nuestro desvalido teatro.

Cuán desvalido, ¡ay! Insisto en que no tanto por falta de buenos autores, como por escasez de actores y glacial indiferencia del público. No secrea que empleo rutinariamente el adjetivo *glacial*. Una de las razones porque no asiste la *high life*, presidida por quien presidirla debe, al Teatro Español, es porque el Teatro Español es un páramo; allí no se puede dejar caer el abrigo hasta más abajo de los hombros; allí se vuelve uno sorbete. ¡Calentar el Teatro Español! me decía Antonio Vico, no hace muchas horas. ¿Con qué se calienta un teatro? Con gente y con dinero. La gente no acude; el dinero falta; y claro que si hubiese *bacillus* de la bronquitis, tendría en el ruinoso y desolado coliseo de la plazuela de Santa Ana su terreno propio de cultura.

S. M. la Reina y S. A. la Infanta no van



mas que al Teatro Real, en invierno, y al Circo, en verano. Así queda resuelto, y muy higiénicamente, el problema de la temperatura. Adonde va el rey, va la corte; y adonde va la corte, va el gentío; que si el diablo es el mono de Dios, el mono de la aristocracia es la mesocracia.



Jamás medrará y vivirá el Teatro Español vida próspera, si el Estado no le protege á capa y espada, como se protege á lo que representa nuestras glorias y contribuye á mantener nuestro decoro nacional. Es un error creer que el Teatro Español puede vivir igual que los restantes, corriendo en pos de la actualidad, ensayando nombres como quien ensaya reactivos, y moviendo el cartel con estrenos, ayudados por el aliciente de las decoraciones nuevas y los trajes de los comparsas. Eso se queda para Apolo. En el Teatro Español, la base, el surtido de obras de fondo debe ser el repertorio antiguo. Nuestra Talia, desde Juan de la Encina

y Lope de Rueda, hasta Ventura de la Vega y Ayala, es la llamada por derecho propio á señorear ese escenario al cual bien pudiera la nación dedicar algunas pesetas de las que malgasta, haciendo con su auxilio que, abaratadas las localidades, el público se aficionase á oír una que otra vez *La vida es sueño*, en lugar de *Mis' Erere*, y *El hombre de mundo* en trueque de *Via libre*.

Una nación pequeñita, no mayor que algunas regiones españolas; una nación, que si juzgamos comparativamente, apenas tiene teatro antiguo,—Portugal—nos puede dar lecciones en la organización de su coliseo de *Doña Marta*, protegidísimo del gobierno. Si aquí han de continuar las cosas como hasta hoy; si hemos de volver á presenciar, por espacio de otro invierno, el aflictivo espectáculo de un recinto vacío todas las noches, y de una serie de fracasos—debidos en parte á que, no pudiendo exhumar joyas antiguas, de familia, se habían solicitado trabajos á marchas forzadas, poniendo en grave compromiso á autores de tan bien sentada fama como Eugenio Sellés—más vale que



el Teatro Español se cierre definitivamente, se proceda á su demolición, y sobre el solar se erija otro frontón ó una lonja de ultramarinos. Antes que el cuadro de la agonía, el del sepelio. — Es menos triste.



Volviendo al premio Cortina, este premio nos ha demostrado que si en cinco años pueden estrenarse quinientas piecicillas reideras y hasta ingeniosas, á duras penas aparecen cinco dramas dignos de franco elogio; y adviértase que me parece extraordinaria fertilidad cinco dramas *buenos* en un lustro. ¡Vaya si me lo parece! En este punto, nos engaña la distancia: registrese bien nuestro teatro clásico, y apostaré que cada cinco años no produjo cinco joyas. Y en las joyas del teatro clásico hay también su *strass*, con perdón de aquellos para quienes

«cualquiera tiempo pasado  
fué mejor».

Aun cuando la Academia Española sólo se fijó en dos obras, que estimó dignas de optar

al premio y entre las cuales se han repartido los votos, lo cierto es que bien podrían, por diferentes estilos, haberse tomado en cuenta *Realidad*, de Galdós, *Mar y cielo*, de Guimerá, y *Las vengadoras*, de Sellés (por más que esta última es refundición de otra estrenada antes del período que señala el premio). *Mariana*, de Echegaray, y *La Dolores*, de Feliú y Codina, se lo disputaron, obteniendo gran mayoría la primera.

A las personas que en los días anteriores á la decisión de la Academia tenían la amabilidad de preguntarme mi opinión, yo les respondía que fuesen con la pregunta á los académicos, que eran los encargados de decidir en cuestión tan delicada. Recibí una impresión gratísima la noche del estreno de *Mariana*, y una sorpresa deliciosa cuando vi *La Dolores*. No me ocurrió compararlas: no las consideré desde ese punto de vista: allá que las comparasen los Minios, Eacos y Radamantos de la calle de Valverde (donde existen ya duendes familiares y revoltosos).

Cotejando, no las obras, sino la personalidad de los autores, crecía mi indecisión. Tan



pronto se me figuraba que el estímulo del premio viene de perlas para animar á los que principian briosamente la carrera dramática,—como discurría que todo es poco para festejar y galardonar á un autor cuando su musa como ancho río se dilata, por innumerables obras que revelan lo caudaloso de la inspiración; cuando sostiene á pulso por largos años la vida de nuestra escena; cuando la ha enriquecido y dado á conocer fuera de España, entre el eco de los aplausos y la lisonjera aprobación de públicos extranjeros. Por todo esto estaba segura de que, cualquiera que fuese la decisión de la Academia Española, yo la celebraría. Y, en efecto, la he celebrado sin restricciones. Echegaray, académico, era ya un progreso; un drama de Echegaray premiado por la Academia... es casi una revolución en el gusto fosilizado que los premios de la Academia suelen revelar.

\*\*\*

Había, sin embargo, en ese premio tan merecido, un punto negro molesto como una mosca para los que admiramos y queremos al insigne autor de *El Gran Galeoto*. Aunque no ha ingresado, académico es Echegaray; y la malicia, siempre despierta, excitada por la redonda suma en que el premio consistía, comentaba desapaciblemente, no los méritos de *Mariana*, sino otras cosas. El talento y el corazón de Echegaray han sabido quebrantar la cabeza de la serpiente. Echegaray ha recogido el *lauro* y ha rechazado la *recompensa*: ha regalado el dinero á los pobres de Madrid, y probado que puede ser maestro en *estética de la conducta* quien lo es desde hace años en el arte. Y sépase que á Echegaray nunca le ha caído la lotería; sus rentas, si no me equivoco, se cobran en la taquilla del teatro; el desinterés, que tendría poco de meritorio en un banquero, merece en Echegaray el sonoro dictado de *virtud*.

\*\*\*



Don Luis Vidart ha sido elegido individuo de número de la Academia de la Historia, en justo reconocimiento de méritos recientes y de una labor intelectual siempre consagrada al estudio de las cuestiones históricas. Si Vidart, en vez de dispersar en folletos sus nutridas indagaciones, las hubiese recogido en libros como el que escribió sobre la *Filosofía española*, en el cual fué (como Don Adolfo de Castro) precursor de una escuela que encontró en los Laverdes y Menéndez y Pelayo firme antemural, —podría ofrecer á la Academia de la Historia, al cruzar sus puertas, varios tomos.

\*\*\*

No he querido ni mencionar la recepción de Silvela en la Academia de la Lengua. Si me enfrascase en su discurso y en la acerada contestación de Pidal (que viene, como suele decirse, chorreando pendencia), la crónica no podría acabar aquí; y es necesario que acabe.



## INDICE DE LOS LIBROS RECIBIDOS

### CIENCIAS Y FILOSOFÍA

- Programa razonado de gimnástica higiénica y juegos escolares*, por el Dr. José Fraguas.— Folleto.—Salamanca (sin fecha).
- Historia de la gimnástica higiénica y médica*, por José E. G. Fraguas.— Folleto.— Madrid, 1892.
- Las nuevas ideas (Estudios sociales)*, por Constantino Piquer.—Un tomito.—Madrid, 1893.
- La religión de la humanidad, Carta al señor D. Juan Enrique Lagarrigue*, por Mercedes Cabello de Carbonera.—Folleto.—Lima, 1893.
- Diccionario castellano homónimo ortográfico*, por José Subirana.—Un tomo.—Buenos Aires, 1893.
- Gramática de la lengua castellana*, por Baldmar F. Dobranich y B. Monner Sans.—Primer año.—Un tomo.—Buenos Aires, 1893.
- La administración política y la administración*